

Campanilla de invierno

Invierno; hace frío; el viento corta como una navaja, pero en la tierra se está bien, acogedor; allí yace una florecilla dentro de su bulbo, cubierta por la tierra y la nieve. Pero he aquí que cayó la lluvia; las gotas penetraron a través del manto nevado hasta la tierra, llegando al bulbo de la flor, y le anunciaron la luz blanca del mundo que se extiende sobre ella. Pronto llegó también hasta allí un rayo de sol, tan fino y perforante; taladró la nieve y la tierra y llamó suavemente a la puerta del bulbo.

—¡Entrad! —dijo la flor.

—¡No puedo! —respondió el rayo—. ¡Aún soy demasiado débil ahora y no logro abrir el bulbo! Pero para el verano reuniré fuerzas.

—¿Y cuándo será el verano? —preguntó la flor, y repetía la misma pregunta a cada nuevo visitante, a cada rayo de sol. Pero el verano aún estaba muy lejos; la nieve no se había derretido por completo y los charcos se congelaban todas las noches.

—¡Qué largo se hace esto! —decía la flor—. ¡Simplemente no puedo permanecer quieto! Quiero estirarme, alargarme, abrirme, salir al aire libre, ¡encontrarme con el verano! ¡Oh, qué tiempo tan dichoso!

Y la flor se estiró dentro de su fina cáscara, ablandada por el agua, calentada por la nieve y la tierra, atravesada por los rayos del sol. Pronto brotó desde la tierra, bajo la nieve, un tallito verde con un capullo de color verde claro, rodeado, como por una pequeña pantalla, de hojitas estrechas y gruesas. La nieve aún estaba fría, pero toda bañada por los rayos del sol; ya estaba tan esponjosa que fue fácil atravesarla, y además ellos mismos se habían vuelto más fuertes.

—¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos! —cantaron, y la flor asomó por debajo de la nieve. Los rayos del sol acariciaban y besaban a la pequeñita, de modo que su cáliz, blanco como la nieve con vetas verdes, se abrió por completo. Alegre y modesta, inclinó su cabecita.

—¡Querida florecilla! —cantaban los rayos del sol—. ¡Qué fresca y tierna eres! ¡Eres la primera, la única! ¡Eres nuestra hija amada! ¡Anuncias el verano, el maravilloso verano! Pronto se derretirá toda la nieve, los vientos fríos huirán lejos. ¡Reinaremos nosotros! ¡Todo se volverá verde! Y tú tendrás compañeras: florecerán las lilas y la acacia amarilla, y luego las rosas, pero tú seguirás siendo la primera, tan tierna, tan transparente.

¡Qué alegría! Parecía que el mismo aire cantaba y resonaba; los rayos del sol penetraban hasta los pétalos y el tallito de la flor. Y ella permanecía allí, tan tierna, frágil y, al mismo tiempo, llena de fuerza, en el esplendoroso florecer de su joven belleza, tan elegante con su vestidito blanco adornado con cintas verdes, glorificando el verano. Pero el verano aún estaba muy lejos; las nubes ocultaron el sol, soplaron vientos fríos y cortantes.

—¡Has aparecido demasiado pronto! —le dijeron a la flor—. ¡La fuerza sigue estando de nuestro lado! Espera, te daremos una lección. Deberías quedarte sentado cómodamente en el calor, en lugar de apresurarte a lucirte al sol; ¡aún no ha llegado el momento!

El frío mordía sin piedad. Los días pasaban uno tras otro, sin que apareciera ni un solo rayo de sol. La delicada florecilla casi podría haberse helado. Pero era más fuerte de lo que ella misma sospechaba; la fortalecía la alegre fe en el verano prometido. ¡Tenía que llegar pronto! No en vano los rayos del sol lo habían anunciado. La flor creía firmemente en su promesa y permanecía paciente sobre la blanca nieve, ataviada con su vestido blanco, inclinando su cabecita bajo los pesados y densos copos de nieve; a su alrededor rugían los vientos fríos.

—¡Te quebrarás! —decían ellos—. ¡Te marchitarás, te helarás! ¿Qué necesitabas tú aquí? ¿Por qué te dejaste engañar? ¡El rayo del sol te ha engañado! ¡Ahora tienes lo que mereces! ¡Ay de ti, campanilla de invierno!

—¡Campanilla de invierno! —resonó en el frío aire matutino.

—¡Campanilla de invierno! —exclamaron jubilosos los niños que corrieron al jardín—. ¡Aquí crece una, tan mona, tan preciosa, la primera, la única!

Y estas palabras calentaron a la flor como si fueran rayos de sol. De la alegría, ni siquiera sintió que la arrancaban. Se encontró en la manita de un niño; unos labios infantiles la besaron. Luego la llevaron a una habitación cálida, la admiraron y la pusieron en agua. La flor revivió, renació a la vida, y pensó que de repente había llegado el verano.

La hija mayor, una hermosa joven —ya había sido confirmada—, tenía un pretendiente; él también había sido confirmado y ahora cursaba estudios.

—¡Voy a gastarles una broma! Él pensará que ya es verano entre nosotros —dijo la muchacha, tomó la delicada florecilla y la colocó sobre una hoja de papel perfumado, en la cual había escrito unos versos sobre la campanilla de invierno. Comenzaban con la palabra «campanilla de invierno» y terminaban con las palabras: «Ahora, amigo mío, te quedarás como un tonto durante todo el invierno». Sí, eso era lo que decían los versos que ella envió a su pretendiente en lugar de

una carta. La flor quedó dentro del sobre; ¡qué oscuro hacía allí! Era como si hubiera vuelto a caer dentro del bulbo. Y así emprendió el viaje, pasó por el saco de correos, la estrujaron, la arrugaron; no hubo nada agradable en ello, pero también eso llegó a su fin.

La carta llegó a su destino; la abrieron y la leyeron. El pretendiente estaba tan contento que besó repetidamente la flor y la guardó junto con los versos en un cajón. Allí había muchas cartas igualmente queridas, pero todas ellas sin flores; esta apareció como la primera, la única, tal como la habían llamado los rayos del sol, y la flor no podía estar más feliz por ello.

Y tuvo tiempo suficiente para alegrarse: pasó el verano, pasó también el largo invierno, volvió a llegar el verano, y entonces solamente la sacaron de nuevo. Pero esta vez el joven no estaba alegre y comenzó a revolver tan enfadado entre las cartas y los papeles, que la hoja con los versos voló al suelo y la campanilla de invierno se cayó de ella. Es cierto que estaba seca y aplastada, ¡pero aun así no debería haberla arrojado al suelo! Sin embargo, yacer en el suelo era mejor que quemarse en la estufa, adonde fueron a parar todas las cartas y los versos. ¿Qué había ocurrido? Lo que suele ocurrir a menudo. La campanilla de invierno había engañado al joven —eso fue una broma; la muchacha lo había engañado a él —eso ya no fue una broma. Ella había elegido durante el verano a un nuevo pretendiente.

Por la mañana, el sol iluminó la pequeña campanilla de invierno aplastada, que parecía dibujada sobre el suelo. La muchacha, que barría el piso, la recogió y la colocó dentro de uno de los libros que había sobre la mesa; pensó que accidentalmente se le había caído de allí mientras ordenaba la mesa. Y así la flor volvió a encontrarse entre versos, pero esta vez impresos, y estos son más importantes que los escritos, al menos cuestan más.

Pasaron los años; el libro permaneció en la estantería; pero finalmente lo tomaron, lo abrieron y comenzaron a leerlo. El libro era bueno: contenía poemas y canciones del poeta danés Ambrosio Stub; vale la pena conocerlos. La persona que leía el libro pasó la página.

—¡Campanilla de invierno! No en vano la pusieron aquí. ¡Pobre Ambrosio Stub! Tú también fuiste una campanilla de invierno entre tus hermanos. Llegaste demasiado pronto, te adelantaste a tu tiempo, y te recibieron vientos furiosos y tempestades. Tuviste que vagar de casa en casa, de un terrateniente fiónico a otro, haciendo el papel de una flor en un vaso con agua o insertada en una carta rimada. Sí, tú también fuiste una campanilla de invierno, que anunció engañosamente el verano, un malentendido, una broma, pero aun así fuiste el primero, el único, que

respiraba frescura juvenil, poeta danés. Quédate pues aquí, campanilla de invierno. Has sido colocada aquí no en vano.

Y volvieron a poner la campanilla de invierno dentro del libro; ella se sintió halagada y alegrada al saber que la habían colocado en esa hermosa colección de canciones no en vano y que el propio cantor había sido una campanilla de invierno como ella, sobre la cual el invierno había gastado una broma. La campanilla de invierno lo entendió todo a su manera, igual que nosotros entendemos cada cosa a nuestra manera.

He aquí todo el cuento de la campanilla de invierno.